

## Notas y Documentos

### Florecimiento y decadencia del helenismo en Asia <sup>(1)</sup>

(Continuación)

De la misma manera son substituídos los dioses griegos, exceptuando Helios y Selene, y también, eso sí que aisladamente, encontramos a Heraclés y Serapis. Junto a ellos aparecen los dioses indios de cuatro brazos. Es interesante mencionar también que aparece de un modo notorio, la forma y nombre de Buda, bajo Kanishka.

El mismo desarrollo que podemos seguir en las monedas, se llevó a cabo en las artes plásticas. Las esculturas de Kabultal de la rama del pueblo indio de Gandhara, que probablemente pertenecen al tiempo de Kanishka y sus sucesores, nos dan un cuadro que demuestra claramente el provecho alcanzado por el arte indio gracias a la mezcla en que recibió la influencia del helenismo. Los dioses, los santos y demonios del budismo, han heredado los tipos de los dioses griegos, su viveza, y el movimiento que expresa su posición, aún sus tocados. Podemos seguir hasta en sus más nimios detalles como han sido adoptados los diversos motivos; y, paso a paso, muchas veces por interpretaciones erradas de los modelos, cómo cambian, los rasgos de la cabeza, el porte y el vestido de las figuras, acercándose cada vez más a las formas indígenas, hasta que finalmente nace el arte con tipos netamente indios. Lo mismo puede decirse de la arquitectura, ya se trate de la columna corintia, como de la ornamentación. Este arte budista penetró después junto con la religión al Asia Central. En efec-

to, hallazgos hechos en Trufan todavía nos impresionan. De aquí fué llevado al Asia Oriental, donde bajo la influencia del arte chino, cuyos monumentos nos muestran un estilo muy diferente, cambia por completo.

De decisiva importancia es que la transformación fundamental realizada en forma paulatina en Grecia, desde el siglo V, fuera también llevada a esas regiones. En lugar de la recta visión y el equilibrio de orientación, aparece en la plástica estatuaria el libre movimiento del cuerpo. En la pintura la representación que debe dejar reconocer las verdaderas dimensiones del objeto, es reemplazada por el esfuerzo de reproducir la impresión de los sentidos, es decir, la imagen aparente de la visión, y por lo tanto, se ve la necesidad de preocuparse de la perspectiva, como también la fructífera acción que lo griego produce, doquiera ha penetrado; su acción posterior no se apagó, en el Asia oriental, de la misma manera que no desapareció del arte europeo o del Islam. Así mismo, el arte actual de la China y del Japón, por nacionales que sean, descansan, a pesar de todos los cambios fundamentales que han tenido, en último término, en las grandes creaciones del arte griego, que podemos remontar al siglo V.

Nos hemos adelantado demasiado; volvamos a situarnos en el período de transición, desde el siglo II al III A. C. Parecería entonces, a quien observara la situación mundial, que la posición del helenismo con respecto al

---

(1) Gracias a la cooperación de nuestro compañero del Departamento de Alemán, hemos podido seguir con la traducción de esta obra; pues de otro modo nos habríamos visto en el duro trance de suspenderla. Le agradecemos su compañerismo.

mundo estaba fuertemente cimentada, y asegurada para toda la posteridad, mas o menos como a fines del siglo pasado parecía que el señorío cultural de los pueblos europeos, era el modelo necesario para los cinco continentes. Un siglo después la situación cambió radicalmente; el helenismo se vió obligado a tomar la defensiva, su poderío fué quebrantado en vastas regiones, o por lo menos entró en una franca decadencia. La reacción oriental aparecía en todas partes, progresando constantemente.

De ningún modo podemos decir que este desarrollo ha sido realizado por un levantamiento del oriente contra los griegos, de los pueblos orientales contra la dominación extranjera; aún en el Irán occidental, no se puede hablar de algo semejante. Y sería más correcto hablar de una descomposición interna del espíritu griego, como aparece en la forma de vida nacional, bajo la acción degeneradora de la monarquía absoluta y en el progreso de las concepciones y cultos religiosos del oriente; a lo que se debe agregar el relajamiento interno que sufre toda cultura cuando se extiende, el deseo de goce de las capas dirigentes; el predominio de los intereses materiales, el retroceso de los grandes problemas y necesidades de los cuales ha nacido la cultura, y, con todo esto, el desaparecimiento de las fuerzas creadoras de la vida intelectual, a pesar de todos los progresos técnicos logrados en el campo científico; en una palabra, la falta de todo aquello que Spengler ha descrito, como de un gran valor estimulante de cultura o civilización. Sin embargo, y a pesar de esto, las ciudades griegas siguen afianzando durante siglos, su inquieta vida intelectual y política, y el deseo de afianzar la nacionalidad y defenderse de los peligrosos elementos incapaces de amalgamarse, especialmente de los judíos, esta es la causa de los constantes conflictos con ellos, no sólo en las ciudades griegas de Palestina y sus vecindades, sino también en aquellas de Asia Menor y Siria del Norte, en Seleucia, a orillas del Tigris, en Alejandría, en Chipre, en Cirene. En el campo de la literatura—como ya lo habíamos visto—las ciudades de Babilonia tienen una activa participación, hasta muy avanzada la época de la reyecía, y, en Apamea, en Siria, aparece a principios del siglo I A. de C. el investigador que reúne y lleva a un lugar predominante todas las ramas de la vida intelectual: historia, geografía, etnografía, ciencias naturales y religión, filosofía y misticismo, astrología; todas ellas, hallan en Posidonio, el representante de la nueva forma del helenismo, que puede considerarse como la amalgama del Occidente y el Oriente.

Se podría suponer, que como en la Europa poseedores de una cultura universal ordenadora, darían nacimiento a nacionalidades diferentes y estados fuertes, con una robusta trabazón interna e independiente. Los estímulos para ellos se encuentran en todas partes, particularmente en el reino de los seleucidas, como también en Baktria y en el Asia

Menor, con el intento, tantas veces reiniciado (por Antíoco, Hierax, Aqueos, por los reyes de Pérgamo) de crear un reino griego independiente. Esto no se realizó, debido a inesperadas decisiones que reproducían en los campos de batalla como en toda historia, el problema de la política exterior, y el problema dominante del poder momentáneo, son los que determinan tanto la existencia de los estados como el desarrollo de la cultura. La intervención romana hace imposible esta configuración, que había surgido de nosotros como una fantasía, la hace imposible para toda la posteridad, y con esto queda decidido el problema del helenismo.

Las guerras púnicas demostraron que el estado romano era muy superior a todos los otros del mundo de entonces, especialmente por su organización, que sometió a su dominio, todas las fuerzas de la península de los Apeninos. El sometimiento del mundo mediterráneo al poderío romano, que se efectuó en los decenios siguientes, es el resultado de una resolución tomada por Antíoco III, envanecido por sus éxitos, obtenidos en su afán de restablecer el reino seleucida, por sus victorias sobre el desmembrado reino Lágida, con las conquistas de Siria del Sur y Palestina. Todas estas victorias lo llevaron a desechar el arbitraje, en el conflicto que tuvo con Roma, por la cuestión de Tracia. Empezó una guerra desatentada, falto de pertrechos y de elementos, apresurando una evolución, que debía producirse tarde o temprano.

Roma todavía no aspiraba al dominio del mundo, al gobierno directo de los estados sometidos, más bien trató de evitarlo, durante medio siglo. Su fin era únicamente evitar la repetición de una guerra de vida o muerte a la que Aníbal la había arrastrado. Tratando de tolerar estados debilitados a su alrededor. Esta medianía, creó situaciones insostenibles; pues las naciones vasallas que dejó subsistir o creó, carecieron de toda posibilidad de tener una política independiente, y una aspiración a perseguir sus propios fines; ya que para cualquier conflicto debían acudir inevitablemente a Roma. La política romana no desconoció completamente—por lo menos en los primeros tiempos los deberes que se había creado; pero pronto quedó demostrado que no rechazaba las tentaciones que las circunstancias le ofrecían. En lugar de la visión amplia y profunda de los grandes problemas, apareció una política de pequeños intereses, en que luchaban las ambiciones de las familias gobernantes y las pasiones mezquinas. Esta situación empeoró, porque la nación se desmembró interiormente, como haciendo eco de la situación mundial y las fuerzas con que había triunfado estaban en un estado de descomposición. Se tenía conciencia clara que los problemas que debía afrontar Roma, le iban quedando grandes. Como resultado inmediato, esto produjo una pequeña política de intrigas, cuyo fin es destruir, con frases de efecto, y poco escrupulosas, todo poder nacional; es-

timular todo levantamiento, toda nueva pretensión. Se tolera que las leyes romanas sean atropelladas o abandonadas completamente cuando lo exijan las circunstancias, y recomenzar en la primera oportunidad favorable. Esta política que primero se dirigió contra Cartago, fué seguida después contra: Numidia, Grecia, Macedonia, Pérgamo, Capadocia, el Reino Lágida y también contra el reino seleucida. Este último, aún después de la batalla de Magnesia y de la pérdida de Asia Menor. A pesar de las duras cláusulas del tratado de paz con Roma, era siempre la nación más poderosa del este, capaz de seguir una política propia y tratar de recuperar su independencia. Este fin fué perseguido por el talentoso y enérgico Antíoco IV Epifanes (175-163 A. C.). Eso sí que hubo de ceder ante el mandato de Roma y evacuar el Egipto, cuando el reino de Macedonia hubo sido aniquilado en la batalla de Pydna en 168. Pero en Asia volvió a reconstituir el antiguo poderío del reino sobre la base del helenismo. Basándose en la constitución de las ciudades griegas helenizó innumerables ciudades en todas las provincias bajo nombres nuevos, otras fueron reconstruídas y no fueron raras las nuevas fundaciones, entre ellas Tarsos en Kilikie; Nisibis en el Este; Alejandría Charax, en la desembocadura del Eufrates, Ecbatana. Babilonia se convirtió en esta época en una ciudad griega. Por esta labor Antíoco recibe en una inscripción la siguiente alabanza: «Fundador de ciudades» al mismo tiempo que «Salvador del Asia. Estas tendencias lo llevaron a aceptar los ofrecimientos tentadores de los judíos reformistas y los postulados de los pontífices distribuidores de ofrendas, y a helenizar los judíos por la fuerza. Jerusalén se convirtió en una Antioquía griega; el templo de Javé, aquí como en Samaria fué un templo de Zeus Olímpico. Este soberano murió en una campaña de conquistas hacia el Este, que le permitió restablecer su señorío en el reino Armenio y sobre los persas. En Gabae (Ishapan) falleció después de un desgraciado intento de penetrar en la región montañosa Elamita, y apoderarse de la riqueza de los templos de Nanaia.

Ahora podía entrar en acción Roma. La inseguridad de la sucesión favorecía sus designios. Tutor del joven hijo de Epifanes, fué designado Gnaeus Octavius, que destruyó el ejército y la marina creados por aquel; cuando fué muerto por un fanático y el heredero legítimo: Demetrio I, se apoderó del poder. Roma no descansó en crearle dificultades, apoyando y reconociendo todo levantamiento, y naturalmente, haciéndose pagar por ello: el de los judíos, el de Timarcos en Babilonia y la Media, el de Ptolomeos en Kommagene. No podemos seguir en particular todo el desarrollo, ni podemos decir que los seleucidas, sean completamente inocentes en esto, al contrario, los culpamos de una serie de defectos: sensualidad y liviandad y apreciaciones demasiado optimistas sobre éxitos momentáneos. Digamos sí que la lucha contra el destino, la realizaron varonil y admirablemente; de este manera se hicieron acreedores a más de una victoria y rechazaron varias veces a los usurpadores o

pretendientes apoyados por Roma, aún obligaron a someterse a los judíos, pero como no obtuvieron una victoria definitiva, la suerte del reino estaba echada, como lo estaba la suerte del helenismo en Asia.

La confusión y debilidad del reino seleucida, fué aprovechada por el Arsácida Mitrídates I, para ampliar su poderío hacia el occidente, conquistando Media y Babilonia. Antíoco Sidetes, después de unas cuantas victorias efímeras, fué derrotado con su gran ejército en el año 129 por Thrahatas II, y con ello termina, la importancia del reino seleucida, que quedó en adelante reducido a la Siria del Norte y Cilicia, las comarcas del Este del Eufrates, pasaron al dominio del rey de los partos.

El reino de los Arsácidas, es una formación de casualidad, no tenían ninguna base sólida en la extensa masa de sus súbditos, y muchos menos puede hablarse que se realizara una idea en él. Jamás llegó a ser una unidad cerrada. Sus 18 provincias que se extendían a lo largo de la vía comercial y del tráfico militar; desde el Eufrates, hasta Araya y Aracosia, atravesando por Seleucia, Ecbatana y el país de los partos, estaban sometidas al rey y sus intendentes; pero a su alrededor se encontraban numerosos países vasallos, en Mesopotamia, en Elam y Persia, cuyo sometimiento era siempre de poner en duda. De este modo el reino se mantuvo constantemente en un estado de debilidad interna; y ocasionalmente realizó guerras más allá de sus fronteras; pero una verdadera guerra de choque no se desarrolló jamás al este ni al oeste; por el contrario, a cada ofensiva respondía con una defensiva facilitada por sus condiciones geográficas. Fué creado por un grupo de guerreros nómades de la estepa Citia (dahischen), que penetró en el país de la cultura; la raíz de su poder estaba en relación con estas ramas del desierto. Cuando durante la época de Mitrídates I, el reino fué sacudido, durante largos decenios por invasiones y robos de los tocarios y Sacarios, halló en los esfuerzos que le venían de estos nómades, una nueva fuente de energía, ayudaron a llegar al poder a más de un arsácida, en medio de las luchas que se efectuaban alrededor del trono. De entre ellos salió la parte principal de los magnates (**Pehlewanen**). En el campamento lo mismo que en el ejército, reinan las costumbres de estos pueblos nómades. La masa principal de los súbditos si exceptuamos Babilonia, eran Iráneos, es natural que de ellos tomaran sus concepciones y su religión. El reino de los partos no llegó a ser jamás un estado iránico, menos aún, debe agradecer su nacimiento a una reacción contra el helenismo; con más razón puede decirse que fueron los reyes los que la facilitaron. Ellos no podían pasarse sin las mercaderías, el comercio y la actividad de las ciudades griegas, y sobre todo, sin el contacto de la cultura griega. Mitrídates I toma el nombre de Φιλέλλην que sus sucesores llevan casi sin interrupción hasta el fin del reino, junto a este se encuentra generalmente Ευργής y Δίξκος. En la Corte se representan tragedias griegas, bajo el gobierno de Orodes I, después de la victoria sobre

Craso, se representan las «Bacantes» de Eurípedes. Apenas recordaremos que los títulos y la acuñación de monedas son griegas, según el modelo ático. Fundaron ciudades con nombres idénticos a los que ponían los selucidas y baktrianos: Arsacia en Partia, otra en Media. Ragae-Europos fué rebautizada así ahora. Como consecuencia de las conquistas de Mitrídates I fué que la residencia del gobierno es llevada a Babilonia. Los reyes temieron tomar como residencia a Seleucia, y poner en peligro la ciudad comercial con sus huéspedes Scitias. Por este motivo acamparon al frente de Seleucia, en la orilla oriental del Tigris, en Ctesifon, que por carecer de constitución, es considerada, por las fuentes griegas, como aldea. Seleucia, al contrario, mantuvo su constitución libre, y siguió siendo el núcleo del helenismo en el este, aunque tuviera un intendente, llamado Himeros, un favorito de Trahates, que se defendió con éxito de los ataques de los reyes, en repetidas ocasiones.

El levantamiento del reino Arsácida, debe considerarse como una reacción que avanza lentamente contra el helenismo. Reacción que no fué deseada propiamente por el gobierno, que es espontánea, y por este motivo poderosísimo ya que crece al impulso de condiciones creadas por la situación; la unión con el Mediterráneo y el mundo griego, estaba rota, no vienen más fuerzas nuevas de allí. Las ciudades griegas, hasta ese momento dominantes, son ahora verdaderos oasis, dentro de una población de idioma extranjero y de sentimientos diferentes. Inutilmente esperan del oeste la ayuda que no ha de venir. La que podría haberles devuelto su antiguo brillo. La armenización avanza constantemente en el Eufrates y en el Tigris. Inmediatamente después del hundimiento del reino selucida, se establecieron en Edessa, en el oeste de Mesopotamia, en las desembocaduras de los ríos y en la actual Spasinu Charax, jefes árabes fundaron allí el reino de Osroese, y aquí el de Mesene y Charakene. El arte griego degenera cada vez más, las efigies de las monedas, como los dominadores, son más bárbaras, las inscripciones menos descifrables. Las pocas esculturas que poseemos de este tiempo, muestran el mismo estilo débil, falto de fuerza propia, que también encontramos en Palmira. Los magnates y soldados partos, no querían saber nada de la cultura y forma de vivir de los griegos, y los consideraban menospreciativamente, como débiles y afeminados; pedían sus reyes, en nombre del patriotismo, que vivieran conforme a las maneras y costumbres indígenas que en vez de solazarse en el lujo griego, se entrenaran en la guerra y en la caza. Cuando el año 8 D. C. Augusto envió como rey a un hijo de Trahates IV, que tenía como rehén en Roma, a ver si con eso solucionaba las disputas por la corona, éste fué incapaz de afianzarse en el poder, debido a sus maneras y costumbres netamente occidentales. Sus contrarios, encontraron en Artabanos III, un arsácida, que no retrocedía, ante ninguna crueldad, su substituto, era este hombre que reclamaba el sentimiento popular.

Con la dinastía fundada por Artabanos II, alcanzó la orientalización del imperio su más alto desarrollo. El rey Vologeses I (51-77D. C.) fundó la ciudad de Vologeserto (Balaschgerd), junto a Ctesifon, para debilitar a Selucidas (Ulaisch) en el Eufrates, al sur de Babilonia. La religión de Zoroastro es cada vez más importante en las normas y guías de la vida, y construye su sistema de enseñanzas sobre las bases antiguas. Bajo uno de los reyes selucidas, tal vez el tercero (147-191) comienza la colección de sus escrituras sagradas, de las cuales una gran parte se compuso, recién en esta época bajo el nombre del profeta.

La responsabilidad de este desarrollo recae históricamente en Roma, que lo realiza tanto por sus ataques, como por su pasividad. Pero el inmenso retroceso de la cultura que causó, fué mucho más allá, por lo demás es necesario mencionar la indescriptible miseria que trajo el gobierno gangrenado de la República y la época de revoluciones, sobre todo el helenismo oriental, sobre las florecientes comarcas del Asia Menor. Siria y Egipto. En todos estos países penetra progresivamente la reacción oriental. En la Palestina, en el tiempo de los Macabeos; son aniquilados no solamente los compatriotas de las capas superiores que tienen alguna inclinación por el helenismo, sino que también son destruídas todas las colonias griegas que en el país caían bajo su dominio.

(Continuará).